

INVENTAR LA EDUCACIÓN POPULAR

4

Si la Instrucción se proporcionara a TODOS... ¿¡cuántos de los que despreciamos, por ignorantes, no serían nuestros consejeros, nuestros Bienhechores o nuestros Amigos?!... ¿¡Cuántos de los que nos obligan a echar cerrojos a nuestras puertas, no serían depositarios de nuestras llaves?! ¿¡Cuántos de los que *tememos* en los caminos, no serían nuestros compañeros de viaje?! No echamos de ver que *los más* de los Malvados, son hombres de talento... *ignorantes* - que *los más* de los que nos mueven a risa, con sus despropósitos, serían mejores Maestros que *muchos*, de los que ocupan las Cátedras, -que los *mas* de las mujeres, que excluimos de nuestras reuniones, por su mala conducta, las honrarían con su asistencia; en fin, que, entre los que vemos con desdén, hay muchísimos que serían mejores que nosotros, si hubieran tenido Escuela.

Simón Rodríguez
(I, 327)

Nada importa tanto como el tener Pueblo: formar lo debe ser la única ocupación de los que se apersonan por la causa social.

Simón Rodríguez
(I, 283)

Simón Rodríguez ha aprendido con Thomas. Thomas es su maestro, pero ¿qué es un maestro? Un maestro es alguien que ayuda a otro a encontrar lo que es. Thomas, el pequeño, ha ayudado a Simón Rodríguez a encontrar lo que es. Rodríguez ha salido de la escuela, está en la calle, jugando con otros niños, y encuentra, inesperadamente a su maestro, en un niño extranjero que irrumpe en el juego. Quiere llevar a los otros a sí mismos, quiere hacer con otros lo que Thomas ha hecho con él. Con todo, hay un detalle, no tan menor. Rodríguez sabe que su encuentro con Thomas tiene lugar fuera de la escuela. Quiere llevar eso lo que ha aprendido con él al interior de las escuelas. ¿Es eso posible en una institución escolar? ¿Pueden los maestros hacer esa tarea en las escuelas? ¿Deben hacerla?

La escuela de Thomas

Las relaciones entre docencia e institución son complejas y dinámicas. En las escuelas, los maestros cumplen el papel social que se espera de ellos, lo que puede hacer pensar en una respuesta negativa a las preguntas planteadas en el

párrafo anterior. Ciertamente, en las escuelas de la colonia, no hay condiciones para que, al menos la mayoría del pueblo, los indígenas, los negros, los pardos puedan ser lo que son. Sin embargo, Rodríguez piensa que en la escuela republicana pueden darse las dos alternativas. Más aún, considera que si en las escuelas existentes en su tiempo ambas son irreconciliables, en las que implantaría con su propuesta de educación popular no sólo son compatibles sino que el primer sentido del ser maestro, ayudar a los otros a encontrar lo que son, es el camino para el segundo, para que las escuelas cumplan la función que les es propia en una sociedad republicana. Esto es, si en las escuelas de la colonia no hay posibilidades de ser lo que se es, en las escuelas de la República ser lo que se es pasa a ser una condición para habitar una sociedad más justa para todos.

La educación que América necesita, que Rodríguez llama de educación general, popular o social, es justamente la que integra el conocimiento y la vida, la que enseña a las gentes a vivir,¹ lo que significa enseñar a las gentes a ser personas activas, animadas, autosuficientes. Según esta idea, es el pueblo entero, sin excepciones, que debe integrar el mundo del saber, del pensamiento, de la acción. Un pueblo educado es un pueblo íntegramente educado, en el que todos piensan en todos y no en sí mismos. Nadie es educado en una sociedad en la que hay gente, aunque sea una única persona, sin educación. Esta es la escuela que hace Rodríguez. Este es el legado de Thomas. También por eso América debe inventarse y no imitar, por eso no tiene sentido traer inmigrantes europeos sin antes educar a toda la gente americana desde la más temprana infancia. Si se imita a Europa, se copia una sociedad deseducada, con millones de excluidos de la educación y, por lo tanto, del mundo social.

1. *Ibíd.*, p. 106.

No parece sin sentido detenerse a pensar en el valor de estas afirmaciones en una tierra que aún hoy vive una educación de exclusiones y desigualdades. Rodríguez se sitúa como un revolucionario, alguien que va a ayudar a Bolívar a completar la revolución armada, por vías de la educación escolarizada. Este es un primer punto muy significativo: la educación es revolucionaria o, dicho de otra manera, sin educación no hay revolución verdadera, no hay fortaleza, duración y consistencia en la revolución: lo que se conquistó por las armas se perderá sin una práctica educacional que consolide una nueva vida social. La educación, para Simón Rodríguez, es revolucionaria porque significa invertir las prioridades y los valores sociales y también porque no hay revolución que perdure sin una educación en la revolución.

Entonces, la educación sólo puede servir a la revolución si de verdad educa a todos los que habitan esa tierra. No hay revolución si hay una única persona sin educación. No hay educación revolucionaria si no se educa a toda la sociedad. La educación es para todos o para ninguno. Todos deben aprender y el supuesto que subyace a este principio es el de que todos son igualmente capaces de aprender. Sólo es posible que todos aprendan si de hecho pensamos que todos pueden aprender. Partir del principio contrario, de la incapacidad o incompetencia de algunos —que siempre son en verdad los mismos, los más excluidos y marginados de la sociedad— consagra el fracaso de la revolución y juega a favor de la consolidación del estado colonial. No hay grandes diferencias en el impacto político que producen los que marginan de la escuela a quienes la sociedad ya excluye, sea que lo hagan por subestimación, desprecio o indiferencia. El efecto es el mismo. La educación es para todos o no es educación revolucionaria.

Las formas de ser maestro

Veamos cómo Rodríguez piensa una educación revolucionaria en la institución escolar. En primer lugar, no propone ningún cuerpo de ideas, ninguna doctrina o ideología que se deba aprender o enseñar. Los maestros de sus escuelas no son formadores de opinión o de consciencia. Para Rodríguez, el contenido de la educación está en su forma. Distingue una serie de papeles o funciones pedagógicas. Existe una diferencia principal, entre instruir y educar, o entre enseñar y educar. Las palabras importan, pero más importa aclarar su sentido. En el primer caso de la alternativa, se transmite saberes, en el segundo caso se enseña a vivir. Los que hacen lo primero son los maestros "bocinas",² que soplan saberes que ni siquiera ellos saben usar. Se puede ser muy sabio y llevar una vida muy indigna. No interesa un saber disociado de la vida o un profesor sabio que no sepa vivir, que no enseñe un saber para la vida. Los ejemplos no faltan en tiempos del maestro Rodríguez: "En prueba de que con acumular conocimientos, extraños al arte de vivir, nada se ha hecho para formar la conducta social —véanse los muchísimos sabios mal criados, que pueblan el país de las ciencias—".³ No hace falta acentuar los muchísimos sabios mal criados que, extraños al arte de vivir, continúan poblando el país del saber en estas tierras. El maestro que interesa a Rodríguez es un maestro que transmite un saber que enseña a vivir, un saber vital, una vida hecha saber.

Una distinción paralela, entre Catedrático y Profesor, acompaña a la anterior. El primero transmite conocimientos; el segundo forma para la vida en sociedad. Aquél es el que sabe una materia y la comunica, desde lo alto; cualquiera puede hacer esto, basta prepararse con un mínimo

2. I, p. 233.

3. II, p. 104.

de antecedencia y recitar el saber en cuestión. El profesor, en cambio, es el que "hace ver, por su dedicación, que se aplica exclusivamente a estudiar un arte o ciencia".⁴

Anotemos: lo que caracteriza al profesor es más su dedicación al estudio que los conocimientos que posee y su capacidad de transmitirlos. Profesor es el que estudia y forma en el estudio. Eso es lo que más transmite un profesor, lo que sus estudiantes aprenden: una relación con el saber, con los libros, con la vida, una dedicación al estudio tan fascinante y vital que los estudiantes no pueden no quererla para sí, para su propia vida y, en una escuela bien entendida, para todos los miembros de una sociedad. Los estudiantes quieren estudiar como estudia el profesor y quieren que todos estudien como estudia el profesor.

Este último recibe, en otros escritos, el nombre de maestro, de quien se destacan tres tipos distintos: el que se propone mostrar que sabe y entonces no enseña, el presuntuoso; el que quiere enseñar tanto que confunde al discípulo (estos dos tipos serían formas de catedrático o de maestros "bocina") y por último, "otros, que se ponen al alcance de TODOS, consultando las capacidades. Estos últimos son los que consiguen el fin de la enseñanza, i los que perpetúan sus nombres, en las Escuelas".⁵

Entonces, hay tres tipos de maestros: los que presumen saber, los que confunden con su saber y los que ayudan a que todos sepan. De esa trilogía sólo interesan, a una educación republicana, los últimos. Esto es, no interesan los maestros catedráticos (los que transmiten su saber); presumidos o confundidores. Interesan los maestros de todos, los que se ponen al servicio de los que aprenden para que aprendan lo que necesitan para vivir. Los maestros precisan no sólo saber los principios de los conocimientos, sino "ayudar a

4. I, p. 246.

5. II, p. 17.

estudiar", "enseñar a aprender" y, más aún: "INSPIRAR a uno, i EXITAR en otros, el DESEO de SABER".⁶

Es decir, que el maestro interesante, el que hace escuela, no es el que transmite lo que sabe sino el que genera deseo de saber, el que inspira en los otros el deseo de saber. Maestro es quien provoca en los otros un cambio en su relación con el saber, el que los saca de su apatía, comodidad, ilusión, o impotencia haciéndolos sentir la importancia de entender y entenderse como parte de un todo social. En última instancia, es el que hace nacer el deseo de saber para entender y transformar la vida propia y ajena. Esto es, el maestro es un filósofo, en el sentido más vivo de la palabra, el que no sabe otro saber que el de querer, siempre, saber.

Un trabajo sobre la atención

En la escuela, el maestro trabaja sobre la voluntad y la atención del que aprende, para que se pueda ocupar de lo que necesita saber para vivir de otra manera con quienes comparte su vida. El trabajo sobre la atención de quien aprende es fundamental: el maestro conoce la materia y conoce "el arte de enseñar, que consiste en... saber LLAMAR, CAPTAR i FIJAR la ATENCIÓN".⁷ El maestro desea que sus estudiantes deseen aprender y aprendan a desear seguir aprendiendo.

El arte de enseñar tiene tres partes, afirma Rodríguez⁸ y cada una de esas partes significa una manera de trabajar sobre la atención del estudiante: una forma de llamarla, captarla y fijarla. Este es el difícil arte del maestro, por ser

6. II, p. 17.

7. II, p. 17.

8. II, p. 161.

la atención "una e INDIVISIBLE".⁹ El maestro debe ir en búsqueda de la atención de sus estudiantes, salir al encuentro de esa atención para seducirla, inquietarla e invitarla a que se repose sobre lo que es preciso cuestionar, entender, pensar e inventar, esto es, para que se ponga a atender lo que permitirá darle a una vida lo que necesita para vivir como es preciso vivir.

Del maestro, Rodríguez también afirma que debe ser "sabio, ilustrado, filósofo y comunicativo".¹⁰ El maestro sabe lo que enseña, pero, más que enseñar lo que sabe, enseña que se quiera saber y comprender lo que se sabe. En ese caso, es el que "enseña a aprender y ayuda a comprender".¹¹ Rodríguez lo precisa de varias maneras: ese maestro no es el que manda aprender, ni el que indica lo que se debe aprender o aconseja que se aprenda, esto es, se preocupa tanto con lo que de hecho aprende el que aprende cuanto con que los que aprenden nunca dejen de querer aprender. Eso es lo que él más sabe, un saber de otros, para otros, con otros: es cuando los otros saben que él sabe de verdad, cuando los otros aprenden que él enseña, es entonces que su saber se realiza y adquiere sentido, cuando los otros aprenden a vivir, a saber vivir. El maestro entonces piensa en los otros y no en sí; si busca saber es para que los otros puedan saber. Ese maestro debe estar al inicio, en la primera escuela, él es el que marca la primera relación de quienes aprenden con el aprender porque aprendiendo lo que él enseña, o mejor, cuando se aprende esa relación que él enseña con el aprender, se aprenden todas las demás cosas y sin ese aprendizaje nada podrá aprenderse que valga la pena.

Así, el trabajo del maestro es de una sensibilidad intelectual sobre otra sensibilidad intelectual, la del estudiante, para

9. I, p. 406.

10. Carta a Anselmo Pineda, 2 de febrero de 1847, In: *Cartas*, p. 206.

11. I, p. 246.

Búsqueda
de la
atención
del
Estudiante

Enseña
a
aprender
y
ayuda a
comprender

El arte
de
Enseñar

que éste dirija su atención a lo que es preciso para la vida. Para eso se requiere tiempo y paciencia¹² y que el maestro considere a sus estudiantes como iguales y no como inferiores. Pues entre desiguales sólo puede haber antipatía a causa del sometimiento mientras que la verdadera simpatía, un *pathos* o afección común, compartida, sólo es posible entre iguales.¹³ Así, sólo hay verdadera educación entre iguales.

Esto es lo que Thomas ha enseñado a Simón Rodríguez con su irrupción en aquella experiencia filosófico-pedagógica vital para el maestro. Ese es el modo singular en que Simón Rodríguez hace escuela, un gesto que está incluso antes de que los estudiantes entren a los edificios escolares: es ese guiño con el que Rodríguez se dirige a los cholos y cholitas, a los que siempre les hicieron saber que no eran capaces o dignos para ir a la escuela y les dice: "Vengan acá, este lugar es suyo, más que de nadie. Ustedes tienen igual condición, fuerza y capacidad para ocupar este espacio que todos los otros. La escuela es de ustedes". Este es el gesto primero y principal de Rodríguez, su hacer escuela, su ser maestro singular en América. Es también el nacimiento de la educación popular en estas tierras.

La alegría de enseñar

Como dijimos, el maestro que Rodríguez propone es un inspirador, un excitador de saber. También es un excitador de la voluntad, del querer. Lo primero que exhorta a saber y querer es la potencia de la propia capacidad de saber y de pensar: a percibirse como alguien igualmente capaz de saber y pensar que todos los otros seres humanos. Ese es otro aspecto de la enseñanza de Thomas y una marca crucial

12. II, p. 406.

13. I, p. 408.

de su hacer escuela, en particular en el caso de los grupos sociales tradicionalmente excluidos de la escuela. Es también un maestro que ayuda a entender y comprender lo que enseña con gusto, con alegría, entreteniéndose. Al respecto, dice Bolívar: "El es un maestro que enseña divirtiendo".¹⁴ No se parece en nada a los viejos maestros de la colonia, es un maestro nuevo para los nuevos, para los que quieren hacer una nueva sociedad.

Este es un punto importante. Don Simón ríe mucho, con niños y grandes. Se la pasa riendo, seriamente, como ríen los niños. Ríe enseñando. Ríe escribiendo. Ríe al construir escuelas y al hacer escuela. Ríe aun cuando es incomprendido, combatido, denostado, ignorado. El maestro ríe, siempre ríe. Como Thomas, ríe sin pensarlo, como gesto de estar en el mundo, como actitud existencial de quien expresa con su risa la alegría de vivir.

Sí, Rodríguez ríe siempre. En las escuelas, aprendiendo y enseñando. Por ejemplo, se comenta que en Jamaica, en tiempos de su encuentro con Thomas, se divierte mucho aprendiendo inglés con los niños nativos en la escuela pública.¹⁵ Muchos años después, mientras da clases de matemática en una escuela del barrio de La Rinconada, en Valparaíso, Chile, llega un viajero francés, el profesor Louis Antoine Vandell Heyl que queda maravillado ante las risas de los chicos con las explicaciones de Simón Rodríguez.¹⁶

14. Carta de Simón Bolívar al General Francisco de P. Santander. In: *Cartas*, p. 122.
15. Miguel Luis Amunátegui cuenta que corrió con los chicos en las calles "como el viejo Esopo se entretenía en jugar a las nueces con los muchachos de Atenas". In: *Ensayos Biográficos*. Tomo IV. Santiago de Chile, Imprenta Nacional. 1896, p. 233.
16. P. Orgambide pone (inventa) la siguiente frase en boca del francés: "¡Es la primera vez que asisto a una clase de matemática divertida!" (2002, p. 186). Amunátegui cuenta que el francés le propone abrir una academia y Rodríguez dice que no quiere hacerle tirar la

La Risa y el arte forman una parte indisociable de la vida de Don Simón. Al parecer hace varios cursos de teatro en Europa y habría participado de algunas puestas en escena. Actúa, en la calle y en los salones de clase. Actúa todo el tiempo. Vive actuando. Se cuentan muchas anécdotas que ilustran este carácter. Una que aparece en muchos biógrafos es que se habría sacado la camisa o desnudado en las clases de anatomía para que los estudiantes se familiaricen con las partes del cuerpo humano.

Un maestro que merezca ese nombre educa, con arte y alegría, a todos sin excepción.¹⁷ Nadie puede quedar afuera. Nadie puede prescindir de la educación y de la risa. A todos alcanza el maestro del pueblo, de una educación alegre, popular, general, de una escuela social. Rodríguez considera que las escuelas de la colonia no son enteramente escuelas porque son espacios de tristeza, que no enseñan a los pobres, que enseñan por la mitad, a medias, sólo a algunos.¹⁸ Y no se puede ser propiamente maestro en ellas, no se puede hacer allí escuela, por las mismas razones. Son necesarios nuevos maestros, nuevas escuelas y nuevos nombres para una educación para todos.

La escuela popular

El embate es crucial y todavía nos atraviesa. Pensemos en el contexto. Una América liberada del poder español pero aún capturada por una forma de vida social excluyente, injusta, indigna. La posición de Rodríguez rompe ese falso antagonismo que atravesará la etapa post-colonial: progreso

plata (Amunátegui, Miguel Luis (1896): *Ensayos Biográficos*. Tomo IV. Santiago de Chile, Imprenta Nacional, p. 251-261).

17. II, p. 104.

18. I, p. 326.

o atraso; civilización o barbarie; racionalidad o emoción; europeísmo o americanismo. No hay sentido en la afirmación excluyente de alguno de los dos polos ni ninguna posibilidad de vida social verdadera que niegue existencia digna a alguno de los extremos —y siempre, claro, es el mismo extremo el que es negado—. El progreso pasa por la educación de los supuestamente atrasados y los supuestamente avanzados por igual; la civilización es la educación de la barbarie allí donde ella se encuentre, en todos los estamentos de la vida social; la racionalidad está en pensar las emociones y en sentir el pensamiento común a todos los habitantes de una sociedad.

¿Cómo piensa Rodríguez el interior de la escuela en esa educación popular? ¿Qué forma concreta tiene su proyecto escolar? ¿Cómo es la escuela popular por adentro? Ya hemos visto algunos aspectos de su primer intento en Bogotá. Una presentación precisa del segundo intento más significativo, en Bolivia, puede leerse en una Nota a la "Defensa de Bolívar".¹⁹ La escuela de Chuquisaca alberga a niños pobres de los dos sexos y tiene un primer sentido reparador para los estudiantes, cholitas y cholitos, para librar a esos niños de la ausencia de un reparo institucional o de lo que aprenden en las otras instituciones que los albergan: a someterse y a suplicar (en los Conventos); a convivir con la miseria y los vicios (en las Cárceles) y a servir y a venderse (en los Hospicios).

En la escuela de Chuquisaca no se discrimina a los niños por su color de la piel, su género, la clase a la que pertenecen, la familia en la que nacieron, sus creencias religiosas o la lengua que hablan, como es usual en las escuelas de primeras letras de la colonia. Al contrario, al entrar a la escuela popular se suspenden las desigualdades generadas por las diferentes tradiciones, familias, clases sociales. En esa escuela los estudiantes son todos igualmente estudiantes. Podríamos decir que es una escuela para los que no reúnen

19. II, p. 355-361.

las condiciones artificialmente impuestas por las escuelas de la época, es una escuela sin condiciones, de verdad, para todos.

¿Qué ofrece la escuela de Chuquisaca de diferente a las escuelas de la colonia? Primero, higiene, vestimenta, alimentación y dormitorios dignos. Segundo, aprendizaje de los oficios básicos, siendo los tres principales: el trabajo de la tierra (albañilería), de la madera (carpintería) y de los metales (herrería). Da ocupación a los padres de los niños que pueden trabajar y asistencia a los que son inválidos. Esto es, ofrece a los más excluidos, a los nativos dueños y a la vez desposeídos de la tierra, un contexto digno de acogida para aprender a percibirse a sí mismos como iguales, como habitantes del mismo mundo, una morada de cuidado para poder pensarse a sí mismos como habitantes de un mundo común.

En esa escuela se aprende el valor del propio trabajo, trabajando. Se aprenden también artes y ciencias. Se aprende a pensar pensando y a convivir conviviendo. Conviven allí niñas y niños pobres con niñas y niños más favorecidos. Hay también jóvenes que se forman para después instruir en otros lugares. Se aprenden —lo que tal vez más importa a Rodríguez— los valores sociales de una República de libres e iguales.

En todos estos sentidos, Simón Rodríguez es el primer defensor de una educación popular para América. Popular quiere decir, para él, de todo el pueblo, de toda la gente, en primer lugar, de los que todos los otros consideran que no se pueden educar: los pobres, los abandonados por ilegítimos, rudos o porque se piensa que ya están demasiado grandes para aprender lo que no han podido aprender de niños. En este sentido, es clara la opción de Rodríguez, los cambios sociales sólo pueden venir de las clases excluidas, de los nuevos; de los favorecidos, en cambio, poco puede esperarse: “Sólo U. sabe, porque lo ve como yo, que para hacer

repúblicas, es menester gente nueva; y que de la que se llama *decente* lo más que se puede conseguir es el que no ofenda”.²⁰

Una escuela de hospitalidad

Así, la escuela de Simón Rodríguez es una escuela de hospitalidad.²¹ J. Derrida ha planteado la cuestión de la hospitalidad como antinómica:²² afirma que hay dos extremos, el de la hospitalidad absoluta y el de la hospitalidad reglada, condicionada. La hospitalidad absoluta se daría si recibimos al otro sin más, en cuanto tal, sin ponerle ni pedirle nada, sin hacerle preguntas, sin condiciones, sin siquiera preguntarle cómo se llama, qué lengua habla, de dónde viene. Ese es un extremo, pero la paradoja de la hospitalidad es que nunca se da así sino que siempre se da condicionada, en el marco de leyes o normas, en el contexto de instituciones. Vale entonces preguntarse, con Derrida: esa forma condicionada ¿es todavía hospitalidad? En sentido estricto no lo es porque la hospitalidad, para ser de verdad, sólo puede ser absoluta; pero en ese caso es impracticable. Entonces la paradoja de la hospitalidad es que o es absoluta y por lo tanto impracticable o se la practica en sociedad y es de mentira, casi no es hospitalidad. Derrida convoca, junto a la hospitalidad, al extranjero que es, al fin, el invitado. El que invita lo invitó a establecer una conversación, a tomar la palabra. El extranjero es el de afuera, el que viene, el que no era el anfitrión y al aceptar la invitación del anfitrión se convierte de golpe en su propio anfitrión, en anfitrión del anfitrión. Llega de afuera para ser educado, toma la palabra e invita a educarse

20. Carta a Simón Bolívar, 30 de Septiembre de 1857. In: *Cartas*, p. 153.

21. Ver el interesante desarrollo de esta idea en M. Durán, 2008.

22. J. Derrida; A. Dufourmantelle, 2003.

al que estaba esperándolo. Eso es lo que hace Thomas con Simón Rodríguez.

Ese es, tal vez, el juego social que quiere proponer Simón Rodríguez en las escuelas republicanas. Darle la palabra al invitado a esa escuela. Los invitados invitarán después a hablar a los criollos. Quizá por eso en sus escuelas se enseña quechua y español. Convoca a los extranjeros más extranjeros de la sociedad: los que hablan otra lengua, los cholos, indios, negros, zambos, e instaura una lengua indígena (el quechua) como lengua a ser aprendida por todos en las escuelas, al mismo nivel que el español. Esto es, sin eliminar la lengua dominante —que es también su lengua nativa—, hace de la lengua deturpada y olvidada de unos la lengua a ser aprendida por todos en pie de igualdad con la lengua del colonizador. No es fácil esta práctica de la hospitalidad. Es una hospitalidad casi absoluta para la que puede ser practicada en su tiempo. Son muchos los que precisan ser invitados en América. El propio Rodríguez los lista: “Huasos, Chinos, Bárbaros, Gauchos, Cholos, Huachinangos, Negros, Prietos, Jentiles, Serranos, Calentanos, Indijenas, Jente de Color i de Ruana, Morenos, Mulatos, Zambos, Blancos porfiados i Patas amarillas, i una CHUSMA de Cruzados Tercerones, Cuarterones, Quinterones”.²³ A estos nativos desapropiados, despojados, usurpados, extranjeros en su propia tierra, Rodríguez los llama a situarse como anfitriones del anfitrión, y pone al anfitrión en el lugar de un extranjero que necesita estudiar la lengua de aquéllos. Invita a unos y a otros a encontrar una lengua común, en la que el extranjero se vuelva anfitrión del anfitrión y pueda tomar la palabra y decir su propia palabra.

Así hace escuela Simón Rodríguez de viaje por América, en Bolivia, en su vida errante. En ese hacer escuela se le abren las puertas, al otro, al despreciado, se lo invita a

dialogar en su propia lengua; se lo considera un igual, se lo aprecia en su potencia, capacidad, entereza; se le ofrecen las condiciones materiales y afectivas para aprender a pensar y a vivir junto a él; se lo hace experimentar un trabajo y una vida en común; se trabaja sobre su atención; se estimula su voluntad; se le enseña la lengua del otro y se lo escucha en su propia lengua.

23. I, p. 320.